



GUILLERMO FADANELLI

EL HOMBRE
NACIDO
EN DANZIG



**GUILLERMO FADANELLI
EL HOMBRE NACIDO EN
DANZIG**

NARRATIVA

ESTA OBRA FUE ESCRITA SIENDO EL AUTOR MIEMBRO DEL SNCA.

DERECHOS RESERVADOS

© 2014 Guillermo Fadanelli

© 2020 Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.

Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
México, D.F.,
C.P. 11800.
RFC: AED140909BPA

www.almadia.com.mx

www.facebook.com/editorialalmadia

@Almadia_Edit

Edición digital: agosto de 2020

ISBN: 978-607-8667-91-8

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.



GUILLERMO FADANELLI EL HOMBRE NACIDO EN DANZIG



Almadía

PRIMERA PARTE

PRESENTACIÓN Y COMIENZO FORMAL

Van, vienen y son innumerables las tardes que he consumido sopesando si tiene sentido relatar historias íntimas que, en apariencia, sólo importan a quien las relata. Si en vez de cavilar y dudar me hubiera dedicado a escribir ya habría terminado una enciclopedia sobre las mariposas o acerca de los animales capaces de usar zapatos. Un hombre es su propio asunto y no puede escapar de sí mismo por más que ponga atención en otros seres humanos. Los demás seres humanos se tornan fantasmas o sombras inofensivas si los comparamos con el sufrimiento que uno mismo se produce cuando su cabeza no funciona del todo bien. Y por experiencia sé que los hombres sin cabeza también pueden caminar. Ahora soy un hombre sin cabeza que camina, mea sin necesidad de auxilio, conduce un automóvil y en su juventud corrió detrás de una pelota.

Estuve tentado a nombrar estas páginas con el título *Historia de una piruja*, mas, a decir verdad, prefiero ser cortés y comportarme prudentemente antes que revelarme como lo que soy en realidad: un jabalí mal herido y agonizante; mi deber es ser amable y comportarme como un caballero hasta que el vómito no pueda ya contenerse. Aún no sé si conseguiré oponerme a la poderosa y tiránica Voluntad de la que no me considero responsable y, por lo pronto, me dejaré guiar por el impulso ciego o el impulso tuerto, que es casi lo mismo. La escritura rueda como la piedra y hay que aprovechar su fuerza y su destino. Lo que apenas viene es un relato tan ordinario que por ello resulta ya chocante para los lectores que andan en busca de tramas complejas y conceptos novedosos en la literatura. Lo que es ordinario se anuncia a gritos, lo sé y que nadie

añada más al respecto. De todas maneras y contra toda discreción relataré la historia de una mujer en malos pasos, una mujer como no ha habido antes ninguna otra en mi vida. Es sabido que, desde *La Ilíada* el asunto más ordinario de casi toda historia es la mujer en malos pasos: y también sabemos, si fuimos a la escuela, que el eco de esos mismos pasos proviene de Troya, la ciudad que nunca existió.

Yo no sé obtener conclusiones de mis experiencias y tropiezo a cada rato con la lógica y los argumentos. Me embarro en pantanos imaginarios y concluyo tonterías: si veo volar a un pato mis cálculos me dicen que vuela desesperado porque seguramente lo persigue un lagarto. Y ésta no es conducta sensata ni sana para un hombre maduro. El comportamiento de Elisa Miller no tendría por qué ser considerado mi más ingrata experiencia pues, como dije antes, me es imposible llegar a una conclusión digna de ser tomada en cuenta por los cerebros prudentes. Mi capacidad de indagación es muy pobre. Un niño y un predicador del evangelio podrían engañarme. Yo no habría llegado a imaginar o a concluir, como lo hizo Arthur Schopenhauer, que la Voluntad es la *cosa en sí* ni en cuatrocientos años, ¡la Voluntad!, la esencia, el sexo, el centro de donde proviene todo lo que somos. ¡No soy alemán y fui basquetbolista! Los “malos pasos” de una mujer son alas de Mercurio al lado de mi imaginación. Ella vuela en los cien metros planos mientras yo me arrastro en el maratón y cuando la línea de arranque aún está a mis espaldas ella ha cruzado la meta ya varias veces.

Pasando por alto la repugnancia que mi historia causará en las mujeres de opiniones firmes y bien fundadas, insistiré en el único hecho que me interesa a estas alturas de mi vida: una mujer, Elisa Miller, me ha abandonado para siempre. Las historias comunes pueden llegar a ser amenas si se narran con espontaneidad y gracia, pero no me alcanza el talento para ello. La intimidad de las personas comunes se parece mucho a la repetición de los pasos en

un baile regional y nadie se interesa por conocer a fondo el verdadero sabor de la sopa de lentejas o los escalofríos que siente uno cuando se corta un dedo. ¿Qué estoy diciendo?

Dentro de un sueño profundo yo le escuché decir a Jean-Jacques Rousseau que cuando dejó de ser el centro del mundo para Teresa, su mujer, ella pasó también a tener un papel muy secundario en la vida de él. “Las relaciones demasiado íntimas entre los dos sexos no producen más que daño”, llegó a decir el filósofo. Y cuando le escuché decir esto pensé que un loco vanidoso como Rousseau, capaz de imaginarse que los seres humanos podían crear y respetar un pacto con tal de no herirse o patearse el culo entre sí, tenía que decepcionarse tarde o temprano de su inocente creencia. Lo comprobé en los ojos de mi Elisa que habían perdido su brillo salvaje y habían devenido en piedras opacas y mentirosas que brillaban a voluntad, pero que la mayor parte del tiempo se mantenían discretas y acechantes. Sí, lo sé, es posible que yo cause la impresión de no querer contar esta historia, pero si tal impresión es cierta lo es porque la historia que voy a narrar es triste y algo repugnante, como la visión de una cucaracha en un plato de arroz blanco. En fin, escribir palabras no me ahorrará la sensación de ser un hombre traicionado, no por Elisa, claro está, traicionado por Rousseau, los idealistas y el maldito e inepto detective que he contratado para resolver mi caso.

En el sueño referido, Rousseau, a quien llamaré Rusó para comodidad de todos, dejó una manzana a medio morder encima de la mesa, recargó su espalda en la solidez de una silla de latón bruñido y comenzó a hilar la conversación. Yo, que estaba concentrado en mi vino, y algo distraído, me espabilé cuando escuché su voz; y paré la oreja.

Rusó: Al principio yo quería que Teresa viviera dentro de mí y que nuestras almas se reunieran en un cuerpo nada más. Después, cuando dejé de ser su centro de atención,

ella dejó de importarme. ¿No te ha pasado lo mismo con la sal o el azúcar?

Yo: El vino tiene suficiente azúcar, en mi opinión.

Rusó: La sal me recuerda al sudor.

Yo: Comprendo... también quise que pasara algo así con Elisa y terminé jodido y chiflando solo en la loma, querido Rusó. Una miseria todo este asunto.

Rusó: Para lograr una intimidad absoluta uno de nosotros tenía que desaparecer en el otro, disolverse. Teresa no me comprendía -Rusó no expresó ningún sentimiento al decir "Teresa no me comprendía". Sólo miró la manzana mordisqueada que reposaba en la mesa, frente a sí. Las manzanas son odiosas porque siempre hay algún dilema importante alrededor de ellas.

Yo: Elisa es su propio centro de atención, una puta. He pensado en suicidarme -dije y mi dramatismo me sorprendió. Ante mí no había ninguna manzana: mi fruta había desaparecido. Entonces Rusó comenzó a delirar y a autocitarse.

Rusó: Tenemos derecho a arriesgar nuestra propia vida si el fin es conservarla. ¿Se ha dicho alguna vez que quien se arroja por una ventana para salvarse de un incendio se suicida? Sería una idiotez.

Yo: Otro camino sería comérmela. Matarla y comérmela -debo apuntar que en mi sueño sonaba yo mucho más agrio y que mis sentimientos me dolían físicamente.

Rusó: No, eso es una fantasía y una estupidez literaria.

Yo: En fin, me suicidaré por el bien de Elisa y el mío. Es más, por el bien de todos aquéllos que no son yo.

Rusó: ¡El pueblo quiere su bien, pero no siempre lo comprende. Jamás se corrompe al pueblo, pero a menudo se le engaña! -Rusó comenzaba a alterarse, sus ojos eran ya dos bolas perdidas en un mar blanco y agitado. Teresa, el pueblo, el Estado y la Voluntad General, todo se enredaba en su mente.

Yo: Estimado amigo Rusó, lo siento pero no entiendo nada. ¿En todos los pueblos hay mujeres como Elisa?

Rusó: No sé quién es la pinche Elisa, pero lo que sé es que quien atenta contra su propia vida atenta también contra el Estado. Tú no eres dueño de tu vida.

Yo: El Estado lo inventamos los idiotas que no podemos dar paso sin destruirnos unos a otros.

Rusó (pensativo): Es verdad, pero, ¿y quién eres tú, hombre arruinado, para discutir conmigo?

Yo: Pues yo jugué basquetbol y leí a Schopenhauer.

Hasta aquí llegó el intercambio de frases. Y después del sueño las mismas penas de siempre.

**CONTINÚA LA PRESENTACIÓN FORMAL QUE, COMO PILÓN,
INCLUYE A SÉNECA**

No tengo intenciones de afirmar que existen “las mujeres”, porque de ninguna forma es así, tan simple: la maldad cuenta con tantos rostros como abetos hay en un bosque, y cada rama ondea en el aire siguiendo la batuta de un ritmo invisible y soportando la carga de su peso único. Andar en “malos pasos” es la naturaleza íntima del vivir, es el moverse de una ola, o el lagarto que se come a un ñu entero a las orillas del Nilo. Lo que sí afirmo, ¡claro que lo afirmo!, es que debe existir un hilo que une entre sí a cierta clase de mujeres: un hilo invisible a los ojos humanos que las hace formar parte de una misma especie. Yo he perdido a Elisa Miller, mi mujer; ella se ha marchado de nuestra casa, se ha largado sin dejarme ningún aviso en la mesa o en la pared. Los avisos en la pared son indispensables si en verdad hay tragedia. Y no me afecta tanto el hecho de que se haya marchado, sino la forma en que se manifestaron los acontecimientos. El esclavo no domina, ¿quién dio pie a que creamos esa tontería? ¿Fuiste tú, Hegel? Ahora dramatizo, sí, me disculpo, pero si no lo hiciera traicionaría a las letras, al arte y a los ñus africanos. En el transcurso de este relato aflorarán anatemas, insultos y demás formas gramaticales anacrónicas que me ayudarán a narrar mi historia y a lanzar piedras contra las aves y en dirección a un cielo abierto cuyo espacio infinito sólo es comparable al horizonte de mi reciente desazón. En pocas palabras: estoy bien jodido.

Ya he dicho que me causa vergüenza contar esta historia, sin embargo me gustaría tener vanidad de acero para anunciarla con tanta contundencia y garbo como lo

hiciera el hombre nacido en Danzig cuando impartió sus primeras lecciones de filosofía en Berlín: “Arthur Schopenhauer disertará sobre la totalidad de la filosofía, es decir, sobre la doctrina de la esencia del mundo y del espíritu humano”. Así se anunció este hombre. Qué magnífica y rotunda manera de hacerse publicidad a sí mismo y también de enterrarse en vida, pero si yo hubiera estudiado en Berlín durante el verano de 1820 me habría instalado, con mi *lunch* sobre las piernas, en una de las primeras butacas de su salón de clase.

Decía, palabras atrás, que en mi opinión ninguna mujer se parece a otra, excepto quizás en que no toman en serio los pactos de lealtad, no acostumbran respetarlos, los miran con curiosidad y cierto desprecio y, en pocas palabras, suelen parecerles tonterías arcaicas, comunes en los hombres ingenuos que nunca crecerán lo suficiente para hacerlas felices. Los hombres y sus pactos de lealtad y cortesía no despiertan su respeto, sino momentáneamente y cuando ellas condescienden y llegan a comprometerse a un acuerdo lo hacen con el único propósito de que el mundo continúe girando. Lo sé y nadie me lo ha contado. En mi tristísima opinión y según mi escasa experiencia, la emoción de las mujeres palpita y crece cuando escuchan palabras de amor, es verdad, y se conmueven hasta las lágrimas cuando su amante jura pasión y fidelidad eterna, pero en cuanto secan sus lágrimas y los días pasan regresan a su cotidiana eternidad y ninguna palabra de amor las convence de que no están frente a un estúpido. Algún oportunista no tardará en alzar la voz para acusarme de machista y patán. Y argumentará que, en todo caso, las mujeres quebrantan los pactos al mismo ritmo que lo hacen los hombres. Ambos somos animales y vivir significa romper los pactos. ¿Habría vida humana sin pactos que pisotear? Es posible que sea de tal manera, pero además de que Rousseau está de mi parte, la diferencia consiste en que para tales mujeres ese pacto no es original, sino

impostado, un mero fenómeno que intenta engañar a la Voluntad, una cosa de la razón y no de la esencia: una rotunda y vil pendejada. De allí, sospecho, viene la risa femenina, cuando las señoras mujeres presencian la solemnidad con que los tontos deseamos hacer un contrato que posea validez para siempre y por encima de todas las cosas. Ahora que he perdido a Elisa Miller comprendo esta verdad y no encuentro consuelo ni siquiera a la sombra de los libros o de los árboles, a quienes considero desde ahora mis únicos amigos.

La amistad de un árbol tendría que considerarse la bendición más preciada a la que un hombre es capaz de aspirar. ¡Esas sí que son amistades! Y los árboles, sin humano que los mire, deben darse una verdadera buena vida. Si este relato se encuentra habitado por algunas referencias a los árboles es porque un escritor debe honrar a sus amigos, alabar su amistad y de ninguna manera escatimar elogios a su paciencia. A mí poco me avergüenza repartir halagos y zalamerías, con la condición de que no me sean devueltos de ninguna forma. La devolución de halagos es mal recibida de mi parte e incluso puedo tirar un golpe que sea capaz de dar justo en el blanco. El servilismo no se paga con más servilismo. Eso, sencilla suma, equivaldría a aumentar el servilismo en el mundo. Quiero que algo se mantenga desde ahora en claro: yo sólo he tenido dos amistades en mi vida, los árboles y el hombre que nació en Danzig. El resto de las personas que he conocido han sido buenos y malos accidentes, pero creo que podrían haberse evitado si no hubiera hecho tanto calor en abril de 1963. Y ni el mismo deporte al que me entregué de manera desahogada y acrítica despertó en mí el llamado de la amistad: mis compañeros de equipo son ahora el vacío repartido en veinte cabezas que no frecuento y de cuyo destino no conozco el menor rastro. Frecuentar a los amigos de la juventud: ¡Vaya soledad! ¡Vaya tristeza! Practicaba el basquetbol, sí, porque tenía un cuerpo